

de sus tropas en los Países Bajos, otra en las fronteras de España, y no esperando tan repentino ataque por la parte de Italia, se apresuró á pedir auxilios á sus aliados los suizos, y á mandar á Lautrec que se retirase inmediatamente á su gobierno y cuidara de la defensa de Milan.

Lautrec, á pesar de las dificultades y entorpecimientos que experimentó, llegó á reunir un ejército respetable, con el cual pudo detener algún tiempo los progresos de las tropas confederadas y defender su estado. Mas por una combinación artificiosa que supo emplear el cardenal de Lyon su enemigo, mientras que la legión suiza que militaba bajo las banderas imperiales continuó al servicio del emperador y del papa contra una orden de la dieta helvética, que le fué interceptada y no comunicada, los suizos auxiliares de Lautrec, que constituían su fuerza principal, obedeciendo aquella orden que les fué intimada, abandonaron las filas francesas retirándose á sus cantones. Disminuido así el ejército francés, el general de los imperiales Próspero Colona atravesó el Adda, y obligó á Lautrec á recogerse en Milan; un desconocido que salió de la ciudad al campamento de los aliados les reveló el modo y la hora en que podían sorprender la plaza; en su virtud de orden de Colona avanzó el marqués de Pescara con la infantería española, siguió á este todo el ejército; al llegar á la puerta de la ciudad huye la guardia, prosigue internándose casi sin resistencia el ejército y se encuentra dueño de la población, sin tener tiempo Lautrec para otra cosa que para dejar guarnecida la ciudadela y retirarse él á territorio veneciano. El ejemplo de Milan es seguido por otras ciudades. Parma y Plasencia vuelven al dominio de la Santa Sede, y fuera de Cremona, del castillo de Milan y de algunos otros fuertes poco considerables, no queda nada á los franceses de todas sus conquistas en Lombardia.

Tal fué el trasporte de júbilo que causó al pontífice Leon X la noticia de este suceso feliz, que habiéndole cogido con una fiebre que estaba bien léjos de creerse peligrosa, le alteró de tal manera y agravó de tal modo su enfermedad, al decir de muchos historiadores, que en pocos días le condujo al sepulcro (2 de diciembre, 1521), en el vigor de su edad y en los momentos que mas le sonreía la fortuna. La muerte del papa trastornó la marcha de los sucesos: los cardenales que seguían al ejército, dejaron los campamentos militares para asistir al conclave: los suizos, atrasados en sus pagas, se fueron á sus cantones, y para la defensa del Milanesado no quedaron mas tropas que las españolas y algunos alemanes al servicio del emperador. Buena ocasion para Lautrec, si no se hubiera hallado sin soldados y sin dinero, y si Colona y Moron no hubieran sido tan á propósito para frustrar sus débiles tentativas.

Reunióse el sacro colegio para la eleccion de pontífice. Fiado en la promesa del emperador, esperaba el cardenal Wolsey que sería para él la tiara en la primera vacante, pero su nombre apenas fué pronunciado en el conclave. Quien contaba con mas probabilidades era Julio de Médicis, sobrino del papa difunto, y el mas distinguido de los miembros del colegio; pero contrariado por los viejos cardenales, él y sus partidarios dieron sus votos al cardenal Adriano de Utrech, que gobernaba la España á nombre del emperador; en desquite le dió tambien sus sufragios la otra fracción del conclave, y con sorpresa de todos salió electo por unanimidad (9 de enero, 1522) en tan delicadas circunstancias un extranjero, ausente, y desconocido de los mismos electores. Pero fuese casualidad, ó mañosa combinacion de alguno, se vió elevado á la silla de San Pedro el antiguo preceptor de Carlos V, su regente en España y hechura suya, con lo cual creció grandemente el influjo, la importancia y el poder del emperador en Europa.

Pero esto mismo excitó mas los celos y la envidia de su rival Francisco I, que determinado á hacer un esfuerzo para arrancar á Carlos sus últimas conquistas de Lombardia, reclinó otra vez diez mil suizos, y facilitó algún socorro de dinero á Lautrec, que con estos elementos hubiera podido poner en apuro á los conquistadores y defensores de Milan, si otra vez no hubieran sido funestos á los franceses los auxiliares de Suiza. Debíanselos ya á estos algunas pagas; una escolta que iba de Francia con dinero fué detenida por el vigilante

Moron; con esta noticia se agruparon los suizos en derredor de Lautrec, pidiendo tumultuariamente y á gritos ó las pagas ó el combate. En vano les expuso la imposibilidad de lo primero por falta de numerario, y la temeridad y peligro de lo segundo, atendidas las posiciones que Colona ocupaba en la Bicoca. Los suizos se obstinaron en dar la batalla para ver de salir de aquella situacion, y fué menester llevarlos á la pelea al dia siguiente (mayo, 1522). Ellos combatieron con desesperado arrojo, pero habiendo perdido sus mas bravos oficiales y sus mejores soldados, tuvieron que retirarse del campo de batalla, y de allí los que quedaron se volvieron á los cantones de la Helvecia. Lautrec, abandonado de nuevo, tuvo por prudente regresar á Francia, dejando guarnecidos algunos puntos, que todos se fueron rindiendo, á excepcion de la ciudadela de Cremona.

Alentado Colona con el éxito de las dos campañas de Milan, procedió á arrojar á los franceses de Génova, donde todavía dominaban, y era siempre un punto de apoyo para la reconquista del Milanesado. Los partidos interiores de aquella importante ciudad le facilitaron su reduccion casi sin resistencia, y la Francia se vió otra vez desposeída de todas sus conquistas y arrojada de Italia.

La feliz situacion de los negocios en Italia y en España permitió al emperador pensar en su regreso á este último reino, y cumplir así la palabra que al partir habia empeñado de volver antes de los tres años. Pero antes quiso visitar otra vez á su aliado el rey de Inglaterra, ya con el fin de estrechar los lazos de amistad que con él le unian y empeñarle en la guerra con Francia, ya con el de desenojar al cardenal Wolsey, á quien suponía resentido por el desaire del conclave en la eleccion de papa. Uno y otro objeto logró Carlos cumplidamente en su viaje á Inglaterra. Las muestras de consideracion y deferencia, juntamente con el aumento de pension que de Carlos recibió el cardenal, las nuevas promesas que aquel le hizo de apoyar sus pretensiones en otra vacante, y la esperanza de que esta no tardaria mucho en ocurrir, atendidos los muchos años y no pocos achaques del nuevo pontífice, todo contribuyó á templar el enojo del altivo Wolsey, que continuó mostrándose tan propicio como antes al emperador. Enrique VIII, halagado con esta nueva visita de Carlos, se ligó con él mas estrechamente, le prometió la mano de su hija María, y adoptó todos sus proyectos de guerra contra la Francia. El pueblo inglés, lisonjeado en su orgullo nacional con la eleccion que hizo el emperador del conde de Surrey para su primer almirante, se prestó con ardor á pelear contra los franceses.

Compréndese bien el mal humor con que recibiría Francisco I la declaracion de guerra de parte del inglés, despues de sus recientes derrotas en Italia. Sin embargo, se preparó á recibir al nuevo enemigo; y como las guerras y los placeres le hubiesen agotado el tesoro, apeló á recursos extraordinarios, creó y vendió empleos, enajenó el patrimonio real, y convirtió en moneda la balastrada de plata maciza con que Luis XI habia cercado el sepulcro de San Martin. Con estos arbitrios levantó un buen ejército y fortificó sus ciudades fronterizas. Dueños los ingleses del puerto de Calais, metióse en él el rey Enrique con un ejército de diez y seis mil hombres, y penetró en Picardía uniéndose á las tropas flamencas; todo esto despues de haber enviado una flota á cargo de Surrey á devastar las costas de Normandía y de Bretaña. Pero Surrey no pudo tomar ninguna plaza importante, y la táctica prudente y mesurada del duque de Vendome, general del ejército francés en Picardía, detuvo los progresos de los ingleses, que despues de algunas desgraciadas escaramuzas, cansados, faltos de víveres y con sus filas diezmadas, tuvieron que volverse á su reino, sin que Francisco viera pasar á poder del enemigo una sola ciudad del suyo, ni una comarca de su territorio (1).

El emperador, apenas logró la satisfaccion de ver el principio de las hostilidades entre Inglaterra y Francia, se despidió de Enrique y se dió á la vela para España, donde llegó el 17 de junio (1522), hallando su reino hereditario en la situa-

(1) Guicciard. Istor. lib. XIV.—Mem. de Du Bellay.—Sandoval, Historia del Emperador, lib. X.

cion que le hemos visto en los capítulos anteriores, á consecuencia de las alteraciones que durante su ausencia habian ocurrido y que él habia dejado como incoadas. Tal y tan prósperamente habian marchado sus negocios en Europa durante los dos largos años de su ausencia de Castilla.

## CAPÍTULO X GUERRAS DE ITALIA

Pavía

DE 1522 Á 1525

El papa Adriano VI.—Su carácter.—Tentativas inútiles en favor de la paz.—Nueva confederacion contra el francés.—Defecion del duque de Borbon.—Sus causas y sus consecuencias.—Invaden los franceses el Milanesado.—El almirante Bonnavet.—Muerte del papa Adriano VI y eleccion de Clemente VII.—Invasion de ingleses y españoles en Francia.—Cómo se salvó este reino.—Recobran los españoles á Fuenterrabía.—Los franceses expulsados otra vez de Milan.—Muerte del caballero Bayard.—Sitio de Marsella por los imperiales, y su resultado.—Repentina entrada de Francisco I en Milan.—Grande ejército francés en Italia.—Retranse los imperiales á Lodi.—Sitio de Pavía.—Antonio de Leiva.—Apurada situacion de los imperiales en Pavía y en Lodi.—Recursos de Antonio de Leiva y del marqués de Pescara.—Célebre sorpresa de Melzo: notable estratagemas: los *encamisados*.—Continúa el sitio de Pavía.—Solapada conducta del papa.—Imprudencia y presuncion de Francisco I.—Su reto al marqués de Pescara, y contestacion de este.—Admirable rasgo de desprendimiento de los españoles.—*Famosa batalla de Pavía*.—Incidentes notables.—Célebre derrota de los franceses.—Prision de Francisco I.—Cartas del rey prisionero á su madre y al emperador.—Carta de Carlos V á la madre de Francisco I.

Coincidió la vuelta del emperador á España con la marcha del nuevo pontífice Adriano á Roma, decidido despues de alguna vacilacion á aceptar una dignidad que no habia buscado. La presencia del antiguo dean de Lovaina en la capital del orbe católico (30 de agosto, 1522) produjo en el pueblo romano tan desagradable efecto, como el que habia producido la noticia de su eleccion. Modesto y humilde en su porte, sencillo y austero en sus costumbres, enemigo de la ostentacion, del boato y de la opulencia, fué muy severamente juzgado por un pueblo, que tenia tan reciente la memoria de la fascinadora grandeza marcial de Julio II, de la seductora brillantez artística de Leon X, y le hubiera disimulado mejor algunos vicios, que hasta gozaban de alguna boga en la época, que las oscuras virtudes que le adornaban, y que parecían una reprobacion tácita de la culta corrupcion de la corte (1). Sabian además los romanos que el honrado y virtuoso Adriano, como regente del emperador en Castilla, se habia conducido con debilidad, y que no era á él á quien se debía haberse sofocado las insurrecciones populares. Por lo mismo, estaban muy léjos de creerle capaz de colocarse á la altura que las complicaciones políticas de Europa y la cuestion religiosa que agitaba entonces á la cristiandad exigian del jefe de la Iglesia.

Enemigo de los abusos y de la inmoralidad, intentó la reforma de los vicios que se habian introducido en la Iglesia y en la corte romana, que hecha con prudencia y con energia hubiera podido ser el mejor medio de acallar las agitadoras declamaciones de Lutero. Mas con mejores deseos é intencion que fuerzas y habilidad para tan grande obra, tenia Adriano, como tuvo, que sucumbir en una empresa que hubiera necesitado el genio de un Gregorio VII. La restitucion al duque de Ferrara de plazas de que se habia apoderado la Iglesia, y el restablecimiento de La Rovere en el ducado de Urbino, eran actos que le acreditaban de escrupuloso de conciencia, pero de poco diestro en la política. Con el mejor propósito del mundo exhortó á los príncipes cristianos á que se unieran contra Soliman el turco, que acababa de apoderarse de la isla de Rodas y se presentaba amenazante y orgulloso á la faz de Europa (2). Pero no era tampoco Adriano el hombre del ascendiente

(1) Adriano, ó por capricho ó por modestia, ni siquiera quiso dejarse nombre bautismal para tomar el pontífice, segun era costumbre cinco siglos hacia. Así fué que siguió nombrándose Adriano VI.

(2) Soliman II, conquistador de Belgrado y enemigo terrible de la

y del influjo que requería negocio tan grave y difícil como el de hacer que los soberanos y príncipes cristianos depusieran sus rivalidades y disensiones, y se unieran para atajar hermanos los progresos de las legiones otomanas. Sus laudables esfuerzos para procurar la paz entre los monarcas y las potencias enemigas, y su bula proponiendo y solicitando una tregua de tres años, surtieron poco efecto, con harta sentimiento suyo, y de los mismos Estados de Italia, los mas interesados en la paz, como que eran los que mas sufrían las cargas y gastos, los perjuicios y calamidades de la guerra.

Estrelláronse, pues, las tentativas de Adriano en favor de la paz contra la ambicion y las pasiones de los príncipes, y formóse otra alianza (8 de junio, 1523) entre el emperador, el archiduque de Austria, el rey de Inglaterra, y la mayor parte de los Estados italianos, inclusa la república de Venecia, aliada de Francia hasta entonces, contra Francisco I de Francia, concluyendo el mismo papa Adriano por adherirse á la confederacion (3 de agosto), instigado por su compañero y paisano Carlos de Lannoy, virey de Nápoles. Quedaba, pues, solo contra todos Francisco I. Pero léjos de mostrarse intimidado el rey-caballero con tan poderosa y general conjuracion, era su carácter no volver la cara á los mayores peligros, y mostrar mas valor y resolucion cuanto eran mas formidables sus contrarios. Así, con la actividad que en tales casos acostumbraba, se anticipó á todos, levantó un brillante ejército, y cuando los confederados andaban todavía en proyectos y preparativos, tomó audazmente al frente de sus tropas el camino de Italia con intento y resolucion de recobrar el Milanesado.

Atajóle en su atrevida empresa la defecion inopinada del condestable duque de Borbon, su pariente, y el vasallo de mas influencia y de mas fortuna de toda la Francia. Este opulento y poderoso personaje habia sido blanco de los odios de la reina viuda, Luisa, madre de Francisco, mujer tan avara como altiva, que habia perdido ya á Lautrec, y por cuyas sugestiones habia recibido el condestable desaires y desdenes de su monarca. Tan impetuosa la reina madre en sus venganzas como en sus amores, á cuya pasion no habia aun renunciado á los cuarenta y seis años, tan luego como supo la muerte de la duquesa de Borbon, empezó á mirar con otros ojos al duque, concibió por él tanta pasion como antes le habia tenido encono, y llegó á ofrecerle su mano. El de Borbon no solo la desdeñó con entereza y dignidad, sino hasta con altivez, profiriendo expresiones que hirieron el orgullo y el amor propio de la reina. Entonces la madre de Francisco llevó su resentimiento y su rencor hasta consumir la ruina del condestable, y no paró hasta desposeerle por medio de un pleito injusto de todos los bienes y riquezas pertenecientes á la casa de Borbon, adjudicándose una parte al patrimonio de la corona, y otra á ella misma como heredera inmediata de la difunta duquesa. Este despojo, unido á las anteriores persecuciones, puso al condestable en situacion de tomar un partido desesperado. Creyó que el proceder inicuo que se habia tenido con él le daba derecho á todo, y entabló inteligencias y tratos con el emperador, y le ofreció su brazo para conquistar la Francia. Carlos no vaciló en aceptar tan bello ofrecimiento, y para mas obligar al condestable, le propuso el matrimonio con su hermana doña Leonor, viuda del rey don Manuel de Portugal, que habia regresado á Castilla, y de acuerdo con el rey de Inglaterra se proyectó darle los condados de Provenza y del Delfinado con título de rey.

El plan de la conjuracion era, tan pronto como Francisco traspusiera los Alpes, invadir simultáneamente la Francia,

se habia presentado en 1521 con una formidable escuadra delante de Rodas, que defendian los caballeros de San Juan de Jerusalem con solos cinco mil quinientos hombres. Esta pequeña hueste, con su gran maestre á la cabeza, resistió con admirable valor un sitio de seis meses contra doscientos mil turcos ayudados de cuatrocientos buques. Despues de rechazar multitud de asaltos y de inutilizar mas de cincuenta minas practicadas por los enemigos, aquellos heroicos cristianos se vieron reducidos á tal extremidad, que al fin tuvieron que rendir la plaza, que era el baluarte de la cristiandad en Oriente, mas no sin obtener una muy honrosa capitulacion, que Soliman les otorgó, admirado de la heroicidad de aquellos pocos y esforzados caballeros. Estos se establecieron despues en la pequeña isla de Malta que les cedió Carlos V.

Cárlos por los Pirineos con los españoles, el monarca inglés con los flamencos por la Picardía, y doce mil alemanes pagados por ambos ocupar la Borgoña y obrar de concierto con un cuerpo de seis mil hombres que el de Borbon se proponía levantar de entre sus vasallos y parciales. No faltó quien denunciara la conspiración al rey, el cual pasó inmediatamente á avistarse con el condestable, que se había fingido enfermo en Moulins para eludir el compromiso de acompañarle á Italia. Con tanta candidez obró en esta ocasión el rey Francisco, y costábale tanto trabajo creer en la traición del primer príncipe de la sangre, que á pesar de las razones que tenía para no dudar del hecho se dejó alucinar y seducir por las protestas de inocencia del duque, y por la palabra que le dió de que muy pronto se incorporaría al ejército. Con esto el crédulo monarca tomó otra vez el camino de Lyon; no tardó en salir en la misma dirección el condestable, mas torciendo luego repentinamente de rumbo, atravesó el Ródano y se metió en Italia salvando todos los peligros, sin que alcanzaran ya á evitarlo las tardías precauciones que tomó el imprudente y confiado monarca.

Viéndose así burlado Francisco, y temiendo perder su propio reino si faltaba de él, renunció á conducir la expedición en persona, pero no á la invasión del Milanes, que confió á su favorito el almirante Bonnavet, enemigo personal de Borbon, valeroso, galante y cumplido caballero, pero que distaba mucho de ser tan buen general. Cuarenta mil franceses penetraron en Italia, y franquearon el Tesino: abierto quedaba el camino de Milan: pero la incalificable inacción de Bonnavet permitió á Colona y á Moron, que no contaban con la mitad de la fuerza de su contrario, fortificar la plaza y sus contornos, almacenar víveres y ponerla á cubierto de un golpe de mano, y aun de resistir un sitio. Bonnavet la bloqueó sin fruto, y después de algunas tentativas y movimientos inútiles, obligado por el rigor de la estación se replegó sobre el Tesino á cuarteles de invierno, sin otro resultado que haber tomado á Lodi, y dejar no bien parado el honor de las armas francesas y el suyo propio.

Ocurrió en este intermedio un suceso que celebraron los italianos, á saber, la muerte del papa Adriano VI (14 de setiembre, 1523), que sucumbió lleno de amargura por los males que veía dentro y fuera de la Iglesia, y que sus esfuerzos fueron impotentes á remediar (1). Reunido el conclave por espacio de cincuenta días, venció esta vez todos los obstáculos el cardenal Julio de Médicis, y salió electo pontífice (18 de noviembre), y proclamado con el nombre de Clemente VII con general aplauso, por lo mucho que se esperaba de sus vastos conocimientos, de su práctica en los negocios, y de las buenas relaciones y grande influjo de su ilustre familia. Excusado es decir cuán herido quedaría en su orgullo el ambicioso y altivo cardenal inglés Wolsey, al ver por segunda vez burladas sus esperanzas y pretensiones, mucho mas cuando ya no podía prometerse sobrevivir á un papa de cuarenta y cinco años. Y aunque el nuevo pontífice le nombró su legado perpetuo en Inglaterra con amplísimas facultades, á fin de templar un poco su resentimiento y su índole vengativa, no por eso dejó de encenderse en odio, especialmente contra el emperador, de quien se dió por vergonzosamente engañado, si bien disimuló al pronto y continuó mostrándose afable, mientras el tiempo le deparaba oportuna ocasión para vengar el agravio.

(1) El pueblo romano trató injusta y duramente á este buen pontífice, aun después de muerto. Bien que careciese del genio, de la energía, y aun de la capacidad que en aquellas circunstancias demandaba en la cabeza de la Iglesia el estado religioso y político de Europa, sus buenas intenciones, su moralidad y sus virtudes le hacían acreedor á otras consideraciones que las que con él tuvieron. Su muerte fué celebrada por los romanos con sarcástico ludibrio. En la casa de su médico colocaron entre guirnaldas un lema que decía: *Al libertador de Italia*. Habiéndosele enterrado entre Pio II y Pio III pusieron en su tumba la siguiente inmerecida y detestable inscripción: *Hic jacet impius inter Pios*. Algun mas fundamento tenía el epitafio que se asegura había compuesto él mismo: *Adrianus VI hic situs est, qui nihil sibi infelicis in vita, quam quod imperaret, duxit*: «Aquí yace Adriano VI, que nada tuvo por tan funesto en su vida como la necesidad de mandar.»—Teller, Novales, Artaud de Montor, y otros escritores de Vidas de romanos pontífices.—Gobernó Adriano la Iglesia un año, ocho meses y algunos días.

Cumpliendo los aliados contra la Francia lo pactado en 18 de junio, invadieron los ingleses aquel reino en union con los flamencos, todos al mando del duque de Suffolk, dirigiéndose á Picardía: los españoles por la parte de Guiena, y los alemanes por la de Borgoña. Parecía imposible que Francisco I pudiera desenvolverse y salvar su reino de estas tres invasiones simultáneas, en ocasión que tenía su ejército imprudentemente distraído en el Milanesado. Y sin embargo, Francisco I y la Francia se salvaron maravillosamente, y ganaron no poca reputación en Europa, merced á la inteligencia y denuedo de sus oficiales generales. La Tremouille con un puñado de hombres supo contener los progresos de los ingleses y flamencos, que habían avanzado ya hasta siete leguas de Paris y llenado de espanto á la capital, obligándolos á retirarse faltos de víveres. El duque de Guisa, gobernador de la Champagne, rechazó con no menos vigor á los alemanes de Borgoña, y los españoles que amenazaban á Bayona no consiguieron mejor resultado, habiendo tenido que habérselas con el intrépido Lautrec. Así las armas francesas alcanzaron en la campaña del invierno de 1523 dentro del reino contra tres poderosos ejércitos triunfos tan gloriosos como inopinados, mientras en Italia, donde Bonnavet contaba con mas seguros elementos de victoria, estaba lejos de corresponder al comportamiento y á los esfuerzos de su patria y de su rey.

Bajo muy diferentes auspicios se abrió para los franceses la campaña de 1524. Los españoles habían ido apretando el sitio de Fuentesrabia, que aquellos conservaban en su poder, y cuando ya los tenían estrechados y minados, y propensos á dar oídos á tratos de rendición, el condestable de Castilla, que mandaba el cerco, entabló pláticas secretas con el mariscal de Navarra, marqués de Cortes y deudo suyo, que capitaneaba la guarnición de la plaza, compuesta de franceses y navarros. El resultado de aquellos trabajos y de estas negociaciones fué la entrega de la plaza, retirándose los franceses á su reino sin que quedara en su poder un palmo de terreno del territorio español (2). En Italia el papa Clemente VII, antiguo enemigo de la nación y de la influencia francesa, comenzó á pensar en los peligros que podría traer á los Estados italianos la desmedida preponderancia del emperador, y olvidando ó haciendo el sacrificio de su aversión personal á la Francia, rehusó formar parte de la liga, y trabajó por dar la paz á la cristiandad; pero sus gestiones no pasaron de un loable propósito. Al paso que disminuía el odio del nuevo pontífice á la Francia, crecía el de Enrique VIII y el del condestable de Borbon, sin menguar el de Cárlos V. Así, lejos de pensarse en dejar la guerra, reunieron los aliados un respetable y floreciente ejército en Milan, donde por muerte del octogenario Colona mandaba el duque de Lannoy, virey de Nápoles, si bien la dirección de las operaciones se encomendó principalmente al de Borbon, y al valeroso y perito marqués de Pescara (marzo, 1524).

No tenía Bonnavet ni la fuerza ni los conocimientos necesarios para resistir á tan expertos jefes y á ejército tan brillante. De modo que después de verse forzado á abandonar la ventajosa posición de Biagrassa en que se había atrincherado, y á vista de las bajas que iba experimentando en sus tropas, de continuo molestadas por el enemigo, tuvo por prudente probar de retirarse á Francia. Mas no bien hubo empezado á cruzar el Sessia, cuando se vió impetuosamente acometido por Borbon y Pescara reunidos al frente del primer cuerpo de los aliados. Valor no le faltaba á Bonnavet, y peleó briosamente; mas como tuviese la fatalidad de salir gravemente herido en

(2) Sandoval, lib. XI, párr. 25.—Esto es diferente de lo que indican los historiadores extranjeros, incluso Robertson, que todo lo atribuyen á traición del gobernador. Los sitiados se hallaban ya muy apurados, y aunque hubo inteligencias del condestable con el gobernador, hay que tener presente que el mariscal de Navarra era pariente de aquel, que los navarros eran súbditos rebeldes del emperador, y que rindiéndole la plaza volvían á la obediencia de su legítimo soberano. El emperador devolvió al mariscal su hacienda en Navarra, y le hizo del consejo de Estado y presidente de las Ordenes. Los caballeros y soldados navarros fueron indultados, con algunas excepciones. El rey Francisco sintió tanto la pérdida de Fuentesrabia, que al capitán Le Frange, compañero del gobernador, le mandó prender, le afrentó en la plaza pública de Lyon, hizo raer las armas de su escudo y le privó para siempre de ceñir espada.

el principio del combate, hubo que retirarle del campo de batalla, lo cual obligó á confiar el mando de la retaguardia al valeroso y entendido Bayard, *el caballero sin miedo y sin tacha*. Este esforzado guerrero, puesto á la cabeza de los gendarmes, detuvo con su brío el ímpetu de los contrarios y salvó el ejército, aunque á costa de su propia sangre, y aun de su vida; que allí sucumbió la flor de los campeones y el tipo de los caballeros franceses. Cuéntase que este intrépido paladín, al sentirse herido de muerte, y cuando le faltaban ya las fuerzas para sostenerse en el caballo, mandó que le arrimaran á un árbol dando rostro al enemigo, en cuya actitud le halló el duque de Borbon, jefe de la vanguardia enemiga, y como este le mostrara compasión al verle desangrado y moribundo: «No me compadezcáis, le replicó el arrogante caballero; muero con la tranquilidad del hombre honrado que cumple su deber: los dignos de compasión son los que combaten contra su rey, contra su patria y contra su juramento.» Y levantando con trémula mano su espada, besó la cruz de su pomo y espiró. El marqués de Pescara, pagando un tributo de respeto á las virtudes de su heróico adversario, hizo embalsamar su cadáver, y el duque de Saboya mandó tributar á sus restos los mismos honores fúnebres que á los reyes y príncipes de la sangre. «Con él se apagó, dice un escritor de su nación, la última centella de aquel espíritu caballeresco de que Bayard era el verdadero tipo, y Francisco I la fastuosa parodia.»

Este monarca tuvo el triste consuelo de ver llegar á Bonnavet con los restos del destruido ejército de Italia, donde no le quedó ya ni una ciudad ni un aliado.

Mas no contentos Cárlos y Enrique con haber expulsado de Italia á los franceses, volvieron á sus proyectos de guerrear á la Francia en la Francia misma, que era lo que mas halagaba los vengativos designios del duque de Borbon, mucho mas cuando no solo se prometía por este medio recobrar las posesiones de que había sido despojado, sino ser rey de Provenza una vez conquistada esta provincia, pues así se lo había prometido el emperador, á condición de que hiciera homenaje por el nuevo reino á Enrique VIII de Inglaterra, como á soberano legítimo de la Francia. El emperador debía invadir otra vez la Guiena con los españoles, y Enrique se comprometía á suministrar diez mil ducados mensuales para los gastos de la guerra, ó en su defecto á enviar un ejército inglés á Picardía. De las tres invasiones proyectadas solo se verificó la de Provenza (julio, 1524) por los Alpes y Var, con diez y ocho mil hombres, cuyo mando había confiado el emperador al marqués de Pescara, si bien debiendo oír el parecer y consejo de Borbon. Sin gran dificultad fueron sometiendo las ciudades provenzales, recién incorporadas á la Francia y desprovistas de tropas. El de Borbon quería seguir avanzando, pero aquí se separó de sus dietámen el marqués de Pescara, que tenía instrucciones especiales del emperador para apoderarse á toda costa de Marsella.

Propóniase Cárlos V con la ocupación de Marsella tener una puerta siempre abierta para entrar en Francia, como los ingleses la tenían con la posesión de Calais, y hacer también de Marsella como un puente entre España é Italia. En su virtud el marqués de Pescara, contra el dictámen y la voluntad de Borbon, detuvo el ejército delante de Marsella y ordenó el asedio de la ciudad (7 de agosto, 1524). Francisco, tan descuidado cuando tenía el peligro lejos, como activo y enérgico cuando le veía cerca, tan luego como penetró la idea del emperador hizo devastar todo el país contiguo, introdujo una buena guarnición en la plaza y la hizo ceñir de un segundo muro, en que trabajaron todos los habitantes á porfía, llegando á nueve mil los que de ellos tomaron las armas; una flota francesa combatió las naves españolas en las aguas del Var; la nobleza de Francia, con la cual se había atrevido á contar el de Borbon, se hizo sorda al llamamiento de un tráfuga y se agrupó en derredor de su soberano, y Francisco reunió un buen ejército bajo los muros de Avignon, con el cual se puso en marcha hacia Marsella. El ejército imperial, fatigado de un asedio inútil de cuarenta días, sin víveres, sin dinero y sin confianza, y amenazado por los de Avignon, levantó el sitio y se volvió precipitadamente á Italia, teniendo que seguirle el de Borbon, desesperado de no haber hallado en Provenza ni

la venganza que ansiaba, ni el trono que se le había prometido (setiembre, 1524).

Ni el emperador había invadido la Guiena, según el plan, porque las córtes de Castilla se iban cansando de sacrificar los intereses de los pueblos á guerras extrañas y le escatimaban los subsidios; ni Enrique VIII de Inglaterra cumplió por su parte lo que estaba concertado, ya porque Wolsey, resentido con el emperador, no le alentaba como antes en favor de los intereses de este, ya porque el de Borbon le tenía ofendido con no prestarse á reconocer sus derechos al trono de Francia. Ello es que habiendo podido poner este reino en el mayor conflicto, lo que hicieron con limitarse á una sola invasión fué darle el convencimiento de su propia fuerza y envalentonar á su rey.

Fascinado Francisco I con aquel triunfo, en vez de contentarse con mostrar á la Europa que sabía hacer invulnerable el territorio de sus naturales dominios, dejóse desvanecer; y dado como era á todo lo que fuese arriesgado, ruidoso y caballeresco, ya no pensó en mas que en llevar otra vez la guerra á Italia, olvidando tantos escarmientos como le había costado, «que para él (dice un escritor francés) improvisar una campaña en Italia era como improvisar una partida de caza.» Fiado; pues, el rey caballero en sus propias fuerzas y en su reciente fortuna, y dando gusto á su capricho, sin escuchar los prudentes consejos de Chabannes, de La Tremouille y de otros valerosos y expertos generales, ni querer oír á su misma madre, que siquiera por una vez le aconsejaba en razón, y animado solo por su favorito Bonnavet, que tenía las mismas tendencias y los mismos defectos que él (1), llevó adelante su temeraria resolución, y á marchas forzadas franqueó los Alpes por el monte Cenis (25 de octubre de 1524), y se encaminó en derechura á Milan. Once días empleó en su marcha á Lombardia, celeridad maravillosa para aquellos tiempos.

Semejante velocidad frustró al pronto todos los proyectos de defensa de los imperiales, que se limitaron á encerrarse en las plazas fuertes, tanto mas, cuanto que el ejército que allí tenía Cárlos no pasaba de diez y seis mil hombres, y estos sin pagas, sin municiones y sin vestuario. Milan, donde se había recogido el marqués de Pescara con los restos del ejército de Provenza, Milan, devastado por una epidemia que había arrebatado hasta cincuenta mil almas, no se hallaba en disposición de defenderse, y Pescara y Lannoy evacuaron aquella desgraciada ciudad, dejando guarnecida la ciudadela, al tiempo que por otra puerta entraba La Tremouille con la vanguardia francesa (2). Lannoy y Pescara se retiraron hacia Lodi sobre el Adda, y el español Antonio de Leiva se refugió con seis mil

(1) Dícese que el galante Bonnavet deseaba también volver á Italia por el afán de ver á una dama milanesa de quien se había apasionado violentamente y le tenía cautivado el corazón, y que había hecho á Francisco tal retrato de su hermosura y de sus gracias, que también el monarca cayó en tentación y concibió un vivo deseo de conocerla. Todo es verosímil y creíble de dos personajes que adquirieron cierta fama celebrada por sus pasiones amorosas.—Brantome, *Œuvres*, tom. VI.—Mr. Roderer, *Luis XII et François I*, tom. II.

Tenemos á la vista una interesante obra publicada en Paris de órden del rey en 1847 con el título de *Captivité du Roi François I*, par M. Aime Champollion-Figeac, y perteneciente á la *Collection de Documents inédits sur l'Histoire de France*. En este volumen, que es un grueso tomo en cuarto mayor de 658 páginas, se insertan cerca de 600 documentos originales relativos á la conquista de Milan por Francisco I, al sitio y batalla de Pavia, á la prisión del rey y á su cautiverio en Italia y en España, hasta que recobró su libertad. Es una interesantísima colección, que nos ha servido mucho para la relación de los sucesos comprendidos en este capítulo y en el siguiente.

Con arreglo á estos documentos desmiente Mr. Champollion muchos de los hechos y anécdotas que refieren Brantome, Garnier, Sismondi y otros historiadores: entre ellas la que hemos puesto al principio de esta nota.—También pretende deducir de una carta de la reina Luisa á Monsieur de Montmorency que el rey Francisco no emprendió esta campaña contra el consejo de su madre, como afirman todos los historiadores: pero de esta carta, que hemos leído, no creemos pueda deducirse otra cosa sino que la reina madre sabía los planes de su hijo, y tenía que se precipitara.—*Captivité*, pág. 11, nota.—Robertson, *Hist. del Emperador*, lib. IV.

(2) Champollion-Figeac, *Captivité*, págs. 31 y 33. Documentos titulados: *Prise de Milan par François I à la mi-octobre 1524.—Extrait d'un journal du regne de François I*.